

Sylvia Townsend Warner

LOLLY WILLOWES

O

EL AMANTE CAZADOR

Traducción del inglés de  
Celia Montolío

 Siruela

Libros del Tiempo

*A Bea Isabel Howe*

## PRIMERA PARTE

Al morir su padre, Laura Willowes se fue a vivir a Londres con su hermano mayor y su familia.

—Por supuesto —dijo Caroline—, vendrás con nosotros.

—Pero no quisiera arruinaros los planes. Es mucha molestia. ¿Seguro que queréis que vaya?

—Pues claro que sí, querida.

Caroline hablaba con tono afectuoso, pero tenía la cabeza en otra parte. Habían vuelto a Londres a comprar un edredón para la cama del cuarto de invitados pequeño. Si acercaban el aguamanil a la puerta, ¿sería posible encajar un escritorio entre este y la chimenea? ¿Quizá mejor un buró, que tiene más cajones? Sí, eso. Lolly podía traerse el pequeño buró de nogal, con sus tiradores falsos a un lado y esa tapa que saltaba cada vez que tocabas el resorte junto al tintero. Había pertenecido a la madre de Lolly, y esta siempre lo había utilizado, así que Sibyl no podía poner ninguna objeción. En realidad, Sibyl no tenía ningún derecho a quedárselo. Solo llevaba dos años

casada con James, y si el buró había dejado marcas en el papel pintado de la salita, le sería fácil poner otra cosa en su lugar. Una peana con helechos y macetas quedaría la mar de bien.

Lolly era una criatura apacible, y las niñas la querían; enseguida se adaptaría a su nuevo hogar. Era una pena prescindir del cuartito. No podían cederle el cuarto grande a Lolly, y el pequeño era, de los dos, el más práctico para los invitados corrientes: no dejaba de ser una extravagancia lavar un par de sábanas de lino de las grandes para esos visitantes que apenas venían a pasar un par de noches. En fin, ahí estaba el cuartito, y Henry tenía razón: Lolly tenía que irse a vivir con ellos. Londres le supondría un grato cambio. Conocería a gente agradable, y allí tendría más posibilidades de casarse. Lolly tenía veintiocho años. Iba a tener que darse prisa si quería encontrar marido antes de los treinta. ¡Pobrecilla! El negro no le sentaba nada bien. Tenía la tez cetrina, y sus ojos grises asomaban más claros y sorprendentes que nunca por debajo de aquel sombrerito negro tan poco favorecedor. El luto nunca sentaba bien cuando lo comprabas en una ciudad de provincias.

Mientras aquellos pensamientos iban desfilando por la cabeza de Caroline, Laura no pensaba nada en absoluto. Había cogido un geranio rojo, y se estaba tiñendo la muñeca izquierda con el líquido de los pétalos aplastados. Cuando era más joven, se había teñido las pálidas mejillas de la misma manera, y se había inclinado sobre el depósito de agua del invernadero para ver su aspecto. Pero el depósito solo reflejaba a una Laura oscura y borrosa, muy oscura y muy lisa, como la señora del viejo cuadro religio-

so que estaba colgado en el comedor y que llamaban el Leonardo.

—Las niñas se van a alegrar muchísimo —dijo Caroline.

Laura salió de su ensimismamiento. Así pues, estaba todo decidido: viviría en Londres con Henry, con su esposa, Caroline, y con sus hijas, Fancy y Marion. Pasaría a ser una inquilina de aquella casa tan alta de Apsley Terrace, donde hasta entonces solo había sido una cuñada pueblerina de visita. Reconocería algo en la fisonomía de la fachada que le permitiría detenerse ante ella sin titubeos, sin echar siquiera un vistazo al número ni a la aldaba. Dentro, sabría sin vacilaciones cuál de las pulidas puertas marrones era cuál, y le acabaría siendo del todo indiferente la ubicación de la cisterna, que tanto la había desconcertado aquella noche que estuvo en vela intentando reconstruir la casa dentro de la caja de los muros exteriores. Saldría a Hyde Park a tomar el aire y miraría a los niños montados a lomos de sus ponis y a las elegantes y esbeltas damas de Rotten Row, además iría al teatro en cabriolé.

La vida de Londres era muy animada y emocionante. Estaban las tiendas, los desfiles de la Familia Real y de los desempleados, el túnel de oro de Whiteley's y el esplendor de las calles por la noche. Pensó en las farolas, tan imparciales, tan imperturbables en sus majestuosos *decrecendos*, y se sintió cohibida bajo su mirada escrutadora. Se la irían pasando de una a otra, a ella y a su sombra, mientras recorría las ignotas calles y plazas, que, conforme a las órdenes selladas del futuro, para entonces le serían familiares; y poco después acabaría dándolas por supuesto,

como hacen los londinenses. Pero en Londres no habría un invernadero con un reluciente depósito, ni un chiscón para las manzanas, ni un cobertizo, terroso y cálido, con ramilletes de amapolas colgando del techo y una caja de madera llena de pipas de girasol, bulbos en bolsas de papel de estraza, madejas de cordón alquitranado y lavanda secándose en una bandeja de té. Todo aquello tendría que dejarlo, o limitarse a disfrutarlo como una visita más, a no ser que a James y Sibyl les diera por pensar, como a Henry y Caroline, que, por supuesto, se tenía que ir a vivir con ellos.

Sibyl dijo:

—¡Lolly, querida! De modo que Henry y Caroline te van a acoger... No tengo palabras para decirte cuánto te vamos a echar de menos, pero claro, preferirás estar en Londres. El viejo Londres, con sus nieblas pintorescas y tanta gente interesante y demás... Te envidio. Pero no vayas a abandonar del todo Lady Place. Tienes que venir a pasar largas temporadas con nosotros, para que Tito no se olvide de su tía.

—¿Me vas a echar de menos, Tito? —preguntó Laura, inclinándose hasta apoyar la cara en el rasposo babero y en la suave y cálida cabeza. Tito le agarró el dedo con las manos.

—Lo que seguro que echa de menos es tu anillo, Lolly —dijo Sibyl—. Cuando se marche la tía, tendrás que mordisquear ese viejo coral mientras te salen los demás dientes, ¿verdad que sí, ángel mío?

—Le daré el anillo si crees que lo va a echar mucho de menos, Sibyl.

Los ojos de Sibyl resplandecieron, pero dijo:

—De ninguna manera, Lolly; no se me ocurriría aceptarlo. ¡Es un anillo de la familia!

Cuando Fancy Willowes se hizo adulta, se hubo casado, y perdido a su marido en la guerra, y había ayudado al Gobierno conduciendo una camioneta y se había vuelto a casar por motivos patrióticos, le dijo a Owen Wolf-Saunders, su segundo marido:

—¡Mira que tenían poca iniciativa las mujeres de antes! Fíjate en mi tía Lolly. El abuelo le dejó quinientas libras al año; cuando él murió, la tía tenía casi treinta años, y sin embargo no se le ocurrió nada mejor que instalarse con mamá y papá, y desde entonces no se ha movido de allí.

—La situación de las mujeres solteras era muy distinta hace veinte años —respondió el señor Wolf-Saunders—. Ya sabes, *femme sole* y *femme couverte* y todas esas bobadas.

Incluso en 1902 había algunos espíritus adelantados a su tiempo que se preguntaban por qué la señorita Willowes, que era bastante pudiente y no tenía visos de casarse, no se establecía por su cuenta y se dedicaba a alguna actividad artística o emancipada. A ninguno de los parientes de Laura se le pasaba por la cabeza semejantes posibilidades. Muerto su padre, daban por sentado que había que incorporarla a la casa de uno u otro de los hermanos. Y Laura, que se sentía un poco como si fuera una propiedad familiar que habían olvidado incluir en el testamento, no tenía inconveniente en que dispusieran de ella como mejor les pareciera.

El punto de vista era anticuado, pero los Willowes eran una familia conservadora y se ceñían a las antiguas costumbres. La preferencia, que no el prejuicio, los mante-



nía fieles a su pasado. Dormían en camas y se sentaban en sillas cuya comodidad los persuadía, sin que lo notasen, del respeto debido al buen tino de sus antepasados. Habiendo comprobado que la madera y el vino bien escogidos mejoraban con la custodia, pensaban que esa misma ley valía para las costumbres. La moderación, la conversación cortés, el esparcimiento de la mente y una fina sencillez eran cánones de conducta que les habían sido impuestos por el ejemplo de sus ancestros.

Ningún miembro de la familia Willowes había alcanzado un gran renombre observando aquellos cánones. Quizá fuera la tía bisabuela Salomé la que más se había acercado a la fama. Un respetable motivo de vanagloria familiar era que el hojaldre de la tía bisabuela había merecido los elogios del rey Jorge III. Y el devocionario de esta, con los oficios por el rey Carlos el Mártir, por la restauración de la Familia Real y por el bienestar de la Casa de Hanover —un bonito ejemplo de piedad imparcial—, siempre era utilizado por la esposa del cabeza de familia. Salomé, a pesar de estar casada con un canónigo de Salisbury, se había quitado los guantes de cabritilla bordados, se había remangado y, con sus orejeras de encaje veneciano colgando sobre el cuenco harinoso, se había metido en la cocina a mezclar la masa de hojaldre para la comida de Su Majestad. Era una súbdita leal, una feligresa devota y buena ama de casa, y los Willowes estaban debidamente orgullosos de ella. Titus, su padre, había hecho un viaje a las Indias, y a la vuelta había traído consigo un periquito verde, el primero de su especie que se veía en Dorset. El pájaro recibió el nombre de Ratafee, y vivió quince años. Cuando murió lo disecaron; y posado en su aro como lo

había estado en vida, se quedó colgando de la cornisa del aparador de la porcelana, contemplando a cuatro generaciones de la familia Willows con sus ojos de cristal. A comienzos del siglo XIX se le cayó un ojo y se perdió. El ojo que lo sustituyó era más grande, pero inferior tanto en lustre como en expresividad. Esto dotó a Ratafee de una mirada más bien lasciva, pero no por ello comprometió la gran estima en que se le tenía. De una humilde manera, el periquito había marcado un hito en la historia del condado, y la familia lo reconoció haciéndole un hueco en la suya.

Junto al aparador de la porcelana y debajo de Ratafee estaba el arpa de Emma, verde y decorada con volutas doradas y hojas de acanto a la manera de David. A veces, de pequeña, Laura entraba a hurtadillas en la sala vacía y punteaba las cuerdas que no estaban rotas. Estas respondían con voz melancólica y distraída, y Laura se regodeaba con el miedo que le producía pensar que el fantasma de Emma regresaba para tocarlas con dedos gélidos, entrando en la sala vacía tan sigilosamente como lo había hecho ella. Pero el de Emma era un fantasma apacible. La joven había fallecido de un debilitamiento, y, cuando yacía muerta con un puñado de campanillas de invierno bajo las manos entrelazadas, le cortaron un mechón del cabello para bordarlo dentro de la imagen de un sauce con las ramas extendidas sobre una tumba acolchada de blanco satén. «Eso», decía la madre de Laura, «es una reliquia familiar de tu tía abuela, que pasó a mejor vida». Y Laura sentía lástima por la pobre Emma que, según le parecía, era la única de todos sus parientes que había tenido la desgracia de morir.